

Traducciones

Fronteras del mundo, fronteras de la política *

ÉTIENNE BALIBAR**

Toda reflexión sobre las relaciones entre la política y la mundialización nos pone ante la posibilidad de un juego de palabras que evoca las distintas acepciones de la palabra “frontera”. Hace unos años, el economista G. Vobruba (especialista de los Wohlstandsgefälle, o “diferencias de prosperidad” entre países vecinos, como Alemania y Polonia, Estados Unidos y México, Francia y los países de África del Norte), intitulaba un artículo: “The limits of borders” (1994). Su idea era mostrar que las fronteras de Estado habían alcanzado el límite histórico más allá del cual sus funciones internas y externas se efectúan de forma cada vez peor. Vobruba descartaba sin embargo la hipótesis de una pura y simple desaparición de las fronteras¹ en el mundo que nosotros vemos esbozarse. Esta perspectiva, decía él, no es ni verosímil ni deseable. Creo que tenía razón. La pregunta que prevalece sin embargo es la de saber si las tendencias actuales sólo dibujan una evolución futura. No creo que sea así. Para discutir sobre esto es que quiero abrir el debate a otros aspectos de lo que hoy se llama en inglés *globalization*, en alemán *globalisierung*, en francés *mondialisation*.

Empecemos por el problema de las relaciones entre el concepto de política y la representación de lo que llamamos “mundo”. Para que esta discusión no tome un giro demasiado abstracto, precisaré lo que está en juego aquí con la pregunta siguiente: ¿cuáles son los criterios según los cuales, casi siempre se afirma que el mundo ha entrado en la era de la mundialización, o bien que el proceso de mundialización del mundo ha alcanzado, de manera irreversible, un estadio decisivo? En la inmensa mayoría de los casos, parece ser que el criterio determinante es el de las transformaciones económicas. Son los economistas quienes han sido los primeros en recurrir a la terminología de la “globalización” y de los procesos “mundializados”.² La idea implícita es que la mundialización de los agentes y de los procesos desemboca en una determinación, todavía más fuerte que antes, de la política por la estructura económica. Pero esta situación asimétrica puede dar lugar a dos interpretaciones: o bien se trata de la paulatina desaparición de la política en favor de la economía,³ o bien esto significa que toda política es ahora, en el fondo, una política económica, que el campo de

* Ponencia presentada el 16 de mayo de 2002 en el marco de las mesas redondas de filosofía política, económica y social (CNRS ERS 0596), bajo la responsabilidad de Mireille Delbraccio y Liliane Maury Pelloille. Esta ponencia retoma los elementos de la conferencia de apertura del taller Politik in der Globalisierung, Globalisierung der Politik, Hamburger Institut für Sozialforschung, 25 de septiembre de 2001, publicada en *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'Etat, le peuple*, La Découverte, París, 2001. La presente traducción fue realizada por Susana Villavicencio y Gabriela Domecq en el marco del programa ECOS-SECYTA93H98 y publicada en *Sociedad* núm. 19, Facultad de Ciencias Sociales-UBA, Buenos Aires, diciembre, 2003 (reimp.).

** Department of French and Italian, University of California, Irvine, Humanities Hall 312, Irvine, CA 92697-2925, USA.

¹ Se encontrará una exposición detallada de esta hipótesis extrema en el artículo de M. Miyoshi: “¿Un mundo sin fronteras? Del colonialismo al transnacionalismo y al ocaso del Estado nación” (1997 [1993]).

² Para un examen del empleo del término “mundialización” y sus desarrollos, cf. Boyer (1996).

³ Recordemos esta declaración del presidente de la firma Volkswagen: “La política sólo es un campo de maniobra limitado por la economía, y la economía está cada vez más arrinconada por la Bolsa.”

las tensiones sociales está polarizado por las obligaciones y estrategias económicas. Si lo que nosotros llamamos el mundo sólo es el mercado, o bien, “el proceso de acumulación a escala mundial”, ¿hay que concluir entonces que los mecanismos de regulación o los conflictos de intereses económicos no dejan de reducir el campo de lo que podemos llamar “política”, y tienden a convertir la política en algo superfluo? O bien ¿hay que concluir que de ahora en más el espacio falsamente natural de los procesos de producción y de circulación serán enteramente penetrados e infectados de conflictos, de alternativas y cambios de coyuntura propiamente políticos, de tal manera que los agentes económicos devengan virtualmente un *sujeto* de elecciones estratégicas y de pasiones ideológicas, y no sólo de cálculo y de intereses? Antes de retomar esta alternativa, yo quisiera mostrar que nuestra hipótesis inicial necesita ser completada.

Toda descripción de la mundialización como proceso puramente económico, aun cuando sólo busca dar cuenta de los usos dominantes del término, de su rápida difusión y de su extensión a todo tipo de contextos y disciplinas, es insuficiente también en su propio campo. Por definición, un proceso de desarrollo económico es un fenómeno continuo, no impone por sí mismo fijar estadios en tal momento más que en otros. Siempre será posible explicar, y por buenas razones, que el “sistema del mundo” moderno (en el sentido de Wallerstein, *The Modern World System*; véase también Wallerstein, Arrighi y Hopkins, 1989) estaba ya “mundializado” o en vías de “mundialización” desde el principio, o bien que el cuadro de expansión del capital dibujado por Marx en el *Manifiesto comunista* representa la primera teoría general de la mundialización. A la inversa, siempre se podrá mostrar con argumentos sólidos que la mundialización, todavía hoy, es en parte una utopía porque las resistencias a la homogeneización de los territorios y de los regímenes sociales se mantienen, y hasta nuevos procesos de polarización y de separación⁴ están en curso. Esto nos conduce a pensar que la generalización fulgurante del lenguaje de la “mundialización” y de la “globalización”, a la cual hay que otorgarle un valor de síntoma, nos reenvía a una *sobredeterminación de fenómenos*. El proceso económico sólo apareció como una novedad sin precedentes en la medida en que se combinaba con otros. Corriendo el riesgo de hacer simplificaciones peligrosas quisiera sugerir que la mundialización apareció como un proceso estructuralmente irreversible en una *coyuntura política determi-*

nada que presentó dicha irreversibilidad como evidente. Sin embargo esta coyuntura resultaba de la conjunción de varios acontecimientos muy diferentes, que parecieron reforzarse mutuamente y cambiar radicalmente el curso anterior de la vida social. De donde se desprende la impresión de un giro de civilización. ¿Cuáles fueron estos acontecimientos? Señalaré por lo menos tres.

El primero, en efecto, es económico: es la aparición de las firmas multinacionales cuya capacidad financiera excede la de la mayoría de los Estados, y que adquieren de esta manera la capacidad de deslocalizarse y transportar sus actividades a cualquier región donde los factores de producción sean disponibles a precios ventajosos. Esto tiene como contrapartida la constitución de un único sistema de intercambio de capitales y de monedas operando en “tiempo real” y conectando todas las plazas financieras entre sí. Como consecuencia, las políticas monetarias (nacionales y supranacionales) y también las políticas de desarrollo económico están sujetas a las fluctuaciones del mercado de finanzas que se regula sobre la esperanza de rentabilidad de los títulos (Giraud, 2001). Dejo a los economistas el cuidado de completar o corregir la descripción de esta etapa del desarrollo del capitalismo, y de las nuevas instituciones que esto implica. Éstas han, indudablemente, reducido en el seno de lo institucional y también de lo estatal todo aquello que se confundía con la construcción y el funcionamiento de un Estado nacional. Y al mismo tiempo cuestionan la equivalencia, ampliamente admitida, entre el “marco estatal” y el “marco político”.

El segundo acontecimiento sin el cual, me parece, no se podría hacer uso del término “mundialización” en el sentido en que lo vemos utilizado, es el desmoronamiento del sistema soviético, que terminó con “la división del mundo” en “campos” antagónicos. Este acontecimiento es a la vez político e ideológico: la representación que se hace de sus orígenes y de sus consecuencias forma parte integrante de la significación y de la capacidad de sobredeterminar otros procesos. Sin duda, la fecha de 1989, que se evoca respecto a estos acontecimientos, es una fecha convencional, porque se puede sostener que las etapas decisivas del movimiento que conducía a “la reintegración” de las sociedades socialistas en el mundo capitalista habían sido alcanzadas mucho antes. Sin embargo, retrospectivamente esta fecha representa el cierre de un gran ciclo de conflictos y de transformaciones que alcanzan a toda la humanidad, y que se extendió durante todo

⁴ Véase Giraud (1996), quien muestra que “la competencia entre los territorios” y “la competencia entre los capitales” son tan importantes la una como la otra para orientar la evolución de la economía del mundo que permanece incierta. En ausencia de una autoridad estatal a nivel mundial, la regulación keynesiana mundial sigue siendo una utopía.

el siglo pero cuyos orígenes se remontan mucho más atrás aún (véase Hobsbawm, 1996). Este cierre comporta en sí mismo dos aspectos.

En primer lugar, aparece como el final de una lucha o competencia entre sistemas sociales radicalmente diferentes, que pretendían, cada cual a su manera, dibujar el futuro de la humanidad, y que se había cristalizado en el enfrentamiento de “superpotencias”, es decir de Estados imperiales que buscaban conquistar una hegemonía ideológica y territorial en sus esferas de influencia respectivas. No parece ser que el final de este antagonismo—como consecuencia de la caída de uno de sus protagonistas— haya sido seguido inmediatamente por la aparición de alguna polarización del mundo que dividiera políticamente la humanidad de manera comparable.

En segundo lugar, observamos que la *otra demarcación* mundial, que de alguna manera había obligado a relativizar la importancia del antagonismo Este-Oeste, la división Norte-Sur entre países “desarrollados” y “subdesarrollados”, no logró, a pesar de ciertas tendencias y predicciones, ocupar el “lugar vacío” del conflicto socialismo-capitalismo, en tanto conflicto cosmológico y cosmopolítico. Este “fin de las ideologías”, como se le denomina algunas veces, se explica aparentemente por el hecho de que la diversificación de las situaciones y el crecimiento de las desigualdades sociales en *el seno del Norte* como en *el seno del Sur* son mucho más rápidas que las que se producen entre Norte-Sur. De esto se desprende una redistribución general de la riqueza y del poder. Y también el hecho de que ninguna ideología que pretendiera “unir a los pobres contra los ricos” pueda seguir el ritmo del proceso incesante de desplazamiento de las fronteras entre las esferas, y de la penetración de la una por la otra. Es por esto que, aunque algunos creen poder profetizar la “guerra de civilizaciones” (Huntington, 1996), no se observa nada menos que una tendencia a constituir demarcaciones simples y globales, capaces, aunque sea al nivel de la ideología, de “polarizar al mundo” o bien de reducir su complejidad.

Interpretaré todo esto de la manera siguiente: nunca se hubiera hablado de mundialización, en todo caso nunca de una manera tan “global”, si no hubiera habido *anteriormente* líneas de fractura “mundiales” (*o superfronteras mundiales*), como también un antagonismo “mundial”, y si estas líneas no hubieran sido aparentemente “borradas”. La mundialización en este

aspecto no es otra cosa que la superación de la división del mundo, el fin del antagonismo, aparentemente para siempre. En otros términos, es siempre ya una segunda mundialización, la primera fue la del antagonismo. Veremos que esta dialéctica conlleva consecuencias decisivas para la representación de la política. Pero antes tenemos que tomar en cuenta un tercer factor.

Lo voy a constituir tomando a la vez todos los procesos que tengan simultáneamente un aspecto técnico y un aspecto natural, y que prueban que *la tierra* se transformó, con su medio ambiente inmediato y la vida que lo ocupa, en un solo “sistema” donde los flujos de información, de energía y de materia influyen los unos sobre los otros. Se dirá que desde un punto de vista puramente físico un tal sistema natural y técnico siempre existió. Es verdad, con la diferencia de que los procesos “técnicos” son actualmente de la misma magnitud que los procesos naturales, y que existen efectos acumulados de intervención técnica que, de manera perceptible para todos, alteran el medio de vida de la especie humana o transforman sus condiciones de existencia naturales. De la misma manera que existen procesos biotécnicos que influyen sobre la vida de la especie humana (y otras especies). Es por eso que voy a entrar en esta tercera fuente de la idea de “mundialización”, que concierne no sólo a la existencia a escala de toda la tierra de un sistema de comunicación electrónica,⁵ por medio del cual todo individuo está puesto en relación virtualmente con cualquier otro según canales controlados o no, sino también a la toma de conciencia sobre la gravedad de los problemas ecológicos y finalmente de las transformaciones de la biosfera. Lo que estos procesos tienen en común es una combinación o reciprocidad de aspectos reales y virtuales de la acción: lo virtual no es ciertamente lo mismo que lo imaginario, tal como lo describieron nuestros viejos análisis psicológicos y fenomenológicos. En un sentido es precisamente lo contrario. Desde el punto de vista de la imaginación y de lo imaginario, los procesos y acontecimientos virtuales aparecen como “más reales que lo real mismo”, es decir que tienen una consistencia casi alucinatoria. Lo que es importante tener en cuenta y que se ha transformado en un componente irreductible de la idea misma de “mundo”, o de “mundo mundializado”, incorporando sus propios límites o fronteras, es este redoblamiento interior que le permite representarse a sí mismo según diferentes

⁵ Que es también, no lo olvidemos, un sistema de vigilancia, como lo puso de manifiesto el descubrimiento por una comisión del Parlamento europeo de un sistema de espionaje “Echelon” elaborado en Gran Bretaña por Estados Unidos para “escuchar” las comunicaciones telefónicas europeas (cf. *Le Monde*, 23 de febrero y 30 de marzo de 2000).

sistemas interdependientes de señales, de imágenes, de códigos, de modelizaciones. Cada individualidad local se encuentra así asociada a una imagen del lugar que ella ocupa en el “todo”.

En síntesis, mi hipótesis es ésta: los discursos de la mundialización, la generalización de los modelos explicativos “globales” (o “localmente globales”, los anglosajones forjaron para la ocasión la palabra valija: *glocal*), son el resultado coyuntural de estos tres factores que se sobredeterminan el uno al otro: nuevo estadio del desarrollo del mercado capitalista, fin del antagonismo mundial que aparece como el horizonte último de las prácticas políticas, constitución de un sistema de interdependencias planetarias a la vez virtual y real, que borran las fronteras entre la naturaleza y la técnica y que asocian a toda localidad la imagen de su lugar en el todo. Es su superposición en un mismo presente que toma las apariencias de un único acontecimiento irreversible de importancia en sí misma mundial. El proceso económico central se encuentra afectado de dos “suplementos” esenciales, de los cuales uno es *político-ideológico*, mientras que el otro es *técnico-natural*. Es importante subrayar la multiplicidad de estos criterios que no pueden ser deducidos lógicamente los unos de los otros, porque sólo esta sobredeterminación puede dar cuenta de la representación dominante respecto a los efectos de la mundialización sobre la política: la de una oscilación entre mundialización de la política (a veces interpretada como el pasaje hacia una era “posnacional” o, en el sentido literal, “cosmopolítico”), y el fin de la política (por lo menos en el sentido tradicional del término).⁶

¿La mundialización destruyó la política o no será la política que ha invadido todo el campo de la economía mundializada? El cuadro que acabamos de esbozar sugiere la primera respuesta. Veamos entonces lo que hay que entender por “fin de la política” en las condiciones actuales.

Llamemos positivista la primera acepción corriente. Ella nos remite a lo que los teóricos del siglo XIX (Stuart Mill, Cournot) habían llamado el *estado estacionario* o el estado de equilibrio social generalizado, cuyas causas son atribuidas al automatismo hacia el cual supuestamente tienden las decisiones de mercado, decisiones que son racionales (véase Anderson, 1992). De esto no hay que concluir que toda transformación haya desaparecido, los cambios culturales y tecnológicos

pueden incluso acelerarse de manera constante. Pero la transformación se efectuará de ahora en más *sin conflictividad esencial*, entre clases, grupos sociales, poderes y contrapoderes, fuerzas “sistémicas” y antisistémicas. Ella nunca conducirá por lo tanto a alternativas radicales, a la formación de culturas incompatibles entre sí, de ideologías y subjetividades inconciliables entre sí, tampoco habría perspectivas de evolución en sentido opuesto o bifurcaciones del sistema. Cuando mucho se podrá contar con perturbaciones, oscilaciones en torno al equilibrio, rebeldías individuales contra las normas generales: no se deben confundir con *resistencias* si es verdad que toda resistencia está vinculada a la perspectiva de un cambio en la marcha de las cosas. Sabemos que esta impresión se origina en la manera en la cual la oposición de los “campos” político-ideológicos apareció como el horizonte, o modelo, de toda forma de luchas sociales y de conflictos de valores heredados de la historia pasada, oponiendo entre sí concepciones adversas de la comunidad de los ciudadanos y de lo político. Es así como con el fin del conflicto Este-Oeste y la ausencia de toda nueva configuración comparable, la previsión de Marx sobre “el fin del Estado político” (*Miserias de la filosofía*, el *Manifiesto comunista*) se habría realizado, pero contraponiéndose al contenido que él le daba: no como consecuencia de un derrocamiento del capitalismo sino de su triunfo y de su generalización.

Atribuiremos una importancia particular al hecho de que, por definición, un mercado mundializado no tiene “exterior”, ni en el sentido geográfico ni en el sentido sociológico del término. Desde el momento en que toda actividad humana toma la forma de un intercambio de mercancías, o bien se efectúa bajo la coacción de la ley del valor, ya no hay más lugar disponible para prácticas y modos de vida alternativos. Sólo existen formas de *exclusión interiores*, sinónimo de precariedad extrema y que confinan a la eliminación (Balibar, 1992). De la misma manera, si la atribución de recursos está tendencialmente regulada “en tiempo real” a nivel mundial, no se ve dónde residirían las posibilidades de aventuras individuales y colectivas, de desafíos económicos o de proyectos de desarrollo autónomos: sólo se trataría de adaptarse más o menos rápido, más o menos fácilmente a los cambios de condiciones tecnológicas. Y para terminar, si la realidad de las interacciones entre los individuos y entre grupos se reduplica

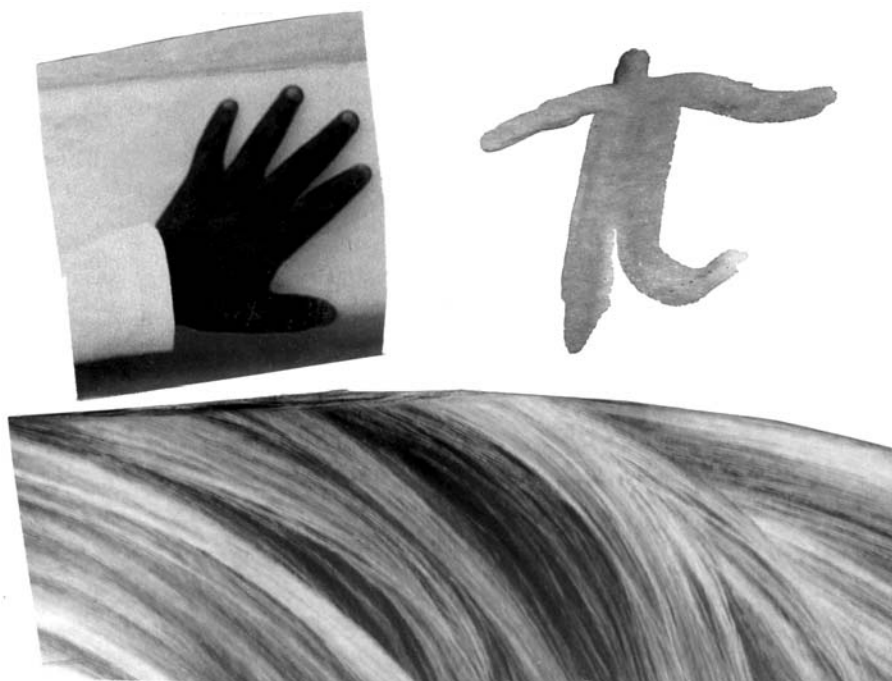
⁶ Hay una gran probabilidad de que la imagen propuesta aquí sobre “las fuentes” de la idea de mundialización sea profundamente marcada por el punto de vista del “Norte”, aun cuando la mundialización es concebida como un cuestionamiento y una complicación de la idea de un clivaje Norte-Sur. Podría ser también que la idea de mundialización sea una idea del Norte. En el Sur todavía no se ha impuesto en desmedro por ejemplo de la idea de imperialismo y de nuevo estadio en el imperialismo. Esta “disputa” no es en absoluto puramente verbal, y todavía no se ha podido zanjar.

en una interacción virtual omnipresente, ¿no estamos llevados a imaginar que todas las posibilidades de conflicto y de alternativas tradicionalmente identificadas con el campo de lo político estarán también proyectadas en el mundo virtual, es decir, “simuladas”? Siendo todas simultáneamente realizadas y puestas a prueba, ninguna de ellas pasa al acto. La racionalidad general “adaptativa” pasaría por la simulación de alternativas y la eliminación de las perturbaciones (por lo tanto de los perturbadores).⁷

Tal es la configuración positivista u objetivista del fin de la política. Ciertas profecías neoliberales concernientes al fin de la historia que han repercutido extensamente en el momento de la caída del Muro de Berlín y del hundimiento del campo soviético (Fukuyama) son en el fondo poco diferentes: ellas agregan simplemente a la descripción tecnoeconómica una dimensión de normalización moral. En cambio, es necesario distinguir netamente de estas perspectivas los discursos que llamaría apocalípticos o mesiánicos. Pensemos en la manera en que, en el periodo reciente, hacemos referencia al rol y a las proposiciones que nos vienen de Chiapas y del movimiento de resistencia de las comunidades indígenas que se encuentran bajo la dirección del subcomandante Marcos, en cuanto a lo que se calcula su contagio a escala mundial.⁸ Pero hay otras enunciaciones mesiánicas de la política o del fin de la política. Algunos pasajes del libro de Jacques Derrida, *Spectres de Marx*, describiendo las diez plagas del mundo actual que en conjunto constituyen el horror económico de nuestro tiempo “fuera de eje”, van indiscutiblemente en ese sentido, aun cuando no hay que despreciar todo lo irónico que hay en la escritura de Derrida que juega aquí conscientemente con el retorno contemporáneo de los arquetipos.⁹

He elegido estos ejemplos a propósito entre muchos otros, justamente porque no son vulgares y porque contienen elementos de crítica explícita acerca de los mitos escatológicos del

fin de la historia y las funciones ideológicas que ellos llenan. Pero la escatología y el mito, ¿no son de hecho, simplemente apenas desplazados, pasando de una creencia o de una esperanza religiosa a una hipótesis y a un mandato éticos? El hilo conductor sigue siendo, en efecto, el siguiente: *en los hechos*, la mundialización ya no se separa de una alienación absoluta de la existencia y de la libertad humanas, que incluye los fenómenos de expropiación y de exclusión social masiva, con exterminios a fin de cuentas casi normalizados, y etnocidios que resultan de la hambruna, de la guerra, tanto como del despojamiento (o desappropriación) cultural, y también la dominación de la comunicación por las redes impersonales, que permiten el condicionamiento cotidiano de los pensamientos y de los sentimientos. Sin embargo, tal situación, que lleva la condición humana a los *extremos* o a los *confines* (*ta eschata*, en el griego de los Padres de la Iglesia), ¿no es ella misma en realidad insoportable, ya que tiende nada menos que a la autodestrucción del deseo humano, que es el resorte de la vida personal tanto como de la construcción de los “lazos sociales”? Llegamos entonces a la idea a la cual nos estamos acercando:



⁷ En ciertos aspectos la idea deleuziana de una sociedad de control va en este sentido (cf. Deleuze, 1990).

⁸ Cf. Foro Mundial de Alternativas (1997). El subcomandante Marcos ha publicado él mismo recientemente un texto con carácter de manifiesto: “Porqué combatimos. La cuarta guerra mundial ha comenzado”, *Le Monde Diplomatique*, agosto, 1997.

⁹ Derrida (1993: cap. 3, “Usures [tableau d’un monde sans âge]”). A este texto opondremos, en este punto, la bella conferencia pronunciada en el Primer Congreso de las Ciudades-Refugiados en Estrasburgo, *Cosmopolites des tous les pays, encore un effort!*, Galilée, París, 1997.

“punto de inflexión” (o de bifurcación) indisociablemente material y moral (o espiritual), donde las elecciones de la existencia individual y colectiva se presentarán en términos de todo o nada.¹⁰ Lo que también quiere decir que la política podría renacer allí de su propia muerte, aun si esto deba acontecer bajo formas inauditas e imprevisibles.

No faltan razones que puedan llevarnos a ver en esta oposición del positivismo y del apocalipsis –que no es nuevo en absoluto en la historia de las ideas– como el anverso y el reverso de una sola y misma visión.

Querría sin embargo salir de una alternativa tan nihilista, no por un nuevo discurso global, sino examinando, como lo había anunciado antes, una cuestión específica: la del estatuto actual de las fronteras. Todas las paradojas que venimos de evocar van a reproducirse, pero de una manera más concreta, cuando nos planteemos el siguiente problema: ¿cómo hacer, en el mundo de hoy, para *democratizar la institución de la frontera*, es decir, para ponerla al servicio de los hombres y someterla al control colectivo, hacerla uno de los objetos de su soberanía, en lugar de que ella sirva esencialmente a sujetarlos a los poderes sobre los cuales los hombres no tienen ningún control, cuando no están pura y simplemente para reprimirlos? Así como he tratado de mostrar en otra parte más en detalle,¹¹ las fronteras son instituciones históricas: su definición jurídica y su función política, que determinan las modalidades de su trazado, de su reconocimiento, de su franqueo, con sus ritos y formalidades prescritas en puntos de pasaje determinados, han sido ya transformadas muchas veces en el curso de la historia. Y la cuestión de su transformación *en un sentido democrático*, que confiera a los ciudadanos a los que ellas sirven a controlar un poder de derecho y de hecho sobre las mismas, está hoy en todas partes a la orden del día. Es cierto en Europa, como es cierto en África y en América. Pero no podríamos sin embargo adoptar, sin más examen, la idea de un proceso universal de debilitamiento, y finalmente, de su desaparición.

Cuando decimos que las fronteras son instituciones, queremos señalar evidentemente que no existen en ninguna parte ni han existido jamás “fronteras naturales”, ese gran mito de la política exterior de los Estados-

naciones. Todo aquí es histórico, hasta la misma configuración lineal de las fronteras trazadas sobre los mapas y, en la medida de lo posible, marcado sobre el terreno: es el resultado de una construcción estatal que ha confundido el ejercicio del poder soberano con la determinación recíproca de los territorios, de allí la atribución al Estado de un “derecho de propiedad” eminente sobre las poblaciones o sobre sus movimientos, antes de hacer de esas poblaciones mismas la referencia última de la constitución de los poderes políticos, en el marco de los límites territoriales reconocidos. Pero hay que dar un paso más. Si las fronteras son instituidas, deben asimismo ser consideradas como *instituciones-límites*, ellas representan un caso extremo de la institución, esencialmente antinómico. Puesto que, en principio al menos, será necesario que se mantengan estables mientras que todas las otras instituciones se transforman, será necesario que den al Estado la posibilidad de controlar los movimientos y las actividades de los ciudadanos sin ser ellas mismas objeto de ningún control. En suma, ellas son el punto donde, aun en los Estados más democráticos, el estatus de ciudadano se une nuevamente a la condición de “sujeto”, y donde la participación política hace lugar al reino de la *police*. Ellas son *la condición absolutamente no democrática*, o “discrecional” *de las instituciones democráticas*. Y es como tales que son aceptadas frecuentemente, aun santificadas e interiorizadas.

Democratizar la frontera, será entonces democratizar ciertas de las condiciones no democráticas de la democracia misma, que siempre se interponen entre el pueblo y su soberanía teórica. Podríamos creer que se trata de un objetivo absurdo si no constatáramos también que está siempre a la orden del día en nuestro mundo “mundializado”. Y esto debido a que, de manera o bien ostentosa o bien disimulada, *las fronteras han cambiado de lugar*. Mientras que tradicionalmente, y conforme a su noción jurídica tanto como a la representación “cartográfica” incorporada al imaginario nacional, ellas deberían estar en el borde del territorio, marcar el punto donde éste cesa de existir, pareciera que las fronteras y las prácticas institucionales correspondientes se han transportado *al medio del espacio político*. No podrían entonces funcionar más como

¹⁰ Un esquema de este género está incontestablemente presente también en los últimos textos de I. Wallerstein, los cuales completan una descripción aparentemente más positiva de la evolución del sistema-mundo, que tiende a asignar aproximadamente la *zona de inestabilidad* en la cual la “bifurcación del sistema” no cesa de volverse probable. Es esencial en la argumentación de Wallerstein (que retoma en este sentido el lenguaje apocalíptico del *kairos*) presentarla como un acontecimiento a la vez sociológico y moral, donde las necesidades y la libertad se juntan. Véase por ejemplo Wallerstein (1995 y 1998).

¹¹ É. Balibar, “Qu’est-ce qu’une frontière?” (1997a) y “Les frontières de l’Europe” (1997b). El estudio clásico de Lucien Febvre, “Frontière: le mot et la notion” (1982 [1928]), resulta insoslayable. Véase también su libro *Le Rhin, Histoire, mythes et réalités* (1997).

simples bordes, como los límites externos para la democracia, susceptibles de ser percibidos por la masa de los ciudadanos como una *barrera protectora* de sus derechos y de su vida, que no interfiriera prácticamente nunca con ella. Cada vez más, al contrario, ellas crean problemas en el seno del espacio cívico, son allí fuentes de conflicto, de esperanzas y de frustraciones para toda suerte de gentes, tanto de dificultades inextricables de orden administrativo e ideológico para los Estados (de la misma manera que, sobre otro plano de cosas, la cuestión de la “nacionalidad” y de la “ciudadanía” de generaciones sucesivas de inmigrantes ha devenido una dificultad inextricable). De donde proceden tantas estrategias políticas contradictorias, sin salida previsible.

Estos estorbos parecen provenir de una separación creciente entre la escala –transnacional o “transfronteras”– según la cual se organiza en lo sucesivo un gran número de prácticas privadas y de relaciones sociales, tanto en los dominios culturales como económicos, y el marco de la mayor parte de las instituciones públicas, en todo caso el Estado, que se mantiene fundamentalmente nacional. Yo no creo, sin embargo, que la “solución” resida simplemente en la *adaptación* de las instituciones a este nuevo marco social, sea que lo imaginemos como un debilitamiento progresivo de las fronteras, o como una limitación de su rol, correlativa a la “relativización del Estado-nación”. Primeramente, por razones psicológicas: porque observamos sobre todo una tendencia de las identidades colectivas a cristalizarse alrededor de las funciones de protección imaginaria que llenan las fronteras, a fetichizar su trazado y su rol de separación entre las identidades “puras”, a medida que su utilidad en el espacio cívico deviene más problemática. Seguidamente, por razones geopolíticas: puesto que observamos, al lado de un borramiento o de un debilitamiento de ciertas separaciones –algunas veces muy antiguas– bajo el efecto de acuerdos de libre cambio o de “mercado común”, y de la desaparición de “campos” estratégicos, una multiplicación de nuevas fronteras, y sobre todo una nueva insistencia sobre las funciones de la frontera en el control de las poblaciones. Pero sobre todo porque este estorbo, que viene de los orígenes mismos del Estado moderno, no podría ser superado sin una refundación radical de las relaciones entre el pueblo y la soberanía, la ciudadanía y la comunidad: en síntesis, una nueva

concepción del Estado. La referencia a esas entidades simbólicas nos prueba que aquí hace falta una creación institucional, la invención de nuevas instituciones (o de nuevas “leyes”, como habría dicho Montesquieu) para la esfera pública. Ésta tiene pocos precedentes en la historia, a no ser justamente la transición de las Ciudades a los Imperios, de los Imperios a las Naciones, en las que no es seguro, por otra parte, que se haya realmente cumplido nunca.

Un tal proceso, que me parece no podría ser sino muy largo y muy conflictivo, es por naturaleza un desarrollo desigual. Pero es asimismo *político* en el sentido más fuerte, por eso yo lo designo como una “frontera de la política”, emblemática, aun si no es la única, de los horizontes que la mundialización despeja. Sobre esta base sostendré que la mundialización, lejos de determinar un “fin de la política”, sea en un sentido tecnocrático o en un sentido apocalíptico, entraña la necesidad de una recreación de la política. Puede ser asimismo que produzca las condiciones de ingreso a una nueva época de la política.

Para concluir, querría esquemáticamente precisar lo que acabo de llamar la paradoja del movimiento de las fronteras del “borde” hacia el “centro” del espacio público.

Este desplazamiento reviste primeramente formas concretas y sensibles. Tales son, por ejemplo, los fenómenos de reproducción de las “fronteras étnicas” en el corazón de los barrios urbanos de las grandes “ciudades mundiales”, que acompañan la migración y la concentración de poblaciones venidas del mundo entero, y en la que la complejidad hace estallar la noción reductora de “comunitarismo” o de “guetos”.¹² Habría que completarlas con una tipología de las “ciudades divididas” de hoy, en la que cada una representa en el fondo un caso singular, a la medida de su propia historia: Jerusalén, Hong Kong, pero también Los Ángeles, Berlín y siempre, Fráncfort, París...¹³ Pero hay otro aspecto de los problemas relativos a quienes demandan asilo y las modalidades de control de los inmigrantes llamados “clandestinos” en Europa occidental, que ha captado nuestra atención, puesto que plantea temibles problemas de protección y de institución de los derechos del hombre: es aquel de los dispositivos de control de identidad –generalmente implantados en el corazón del territorio– que permiten efectuar la selección entre viajeros admitidos y rechazados en un determinado territorio

¹² Nos referimos especialmente al trabajo del Centre for New Ethnicities Research de la Universidad de East London (Dagenham), dirigido por Phil Cohen, y en particular al coloquio organizado en diciembre de 1996, “Frontlines, Backyards”.

¹³ Véase el número especial *Cities and Citizenship* de la revista *Public Culture*, núm. 19, 1996, bajo la dirección de James Holston.

nacional. Tales son en realidad, para la masa de los humanos de hoy, las fronteras más decisivas. Al punto que no son más “líneas”, sino *zonas de retención y dispositivos de filtro*, por ejemplo aquellos que encontramos en el medio o en los bordes de los grandes aeropuertos internacionales. Sabemos que estas zonas de tránsito son zonas “sin derecho”, donde las garantías de la libertad individual están suspendidas por más o menos tiempo, y en las que los extranjeros vuelven a ser no ciudadanos y parias: clara ilustración de la paradoja de la que hablaba más arriba a propósito de las condiciones no democráticas de la democracia (véase *Fronières du droit...*, 1993).

Estos fenómenos de urbanización multicultural y de control interno de los inmigrantes afectan hoy en día a millones de personas. Son banalizadas, aunque bien conocidas por todos. Pero hay aspectos más abstractos, más estructurales también, que nos conciernen aquí en primer término porque afectan al espacio cívico en la totalidad de sus dimensiones: no solamente el espacio geográfico en el cual se desarrolla la vida de los ciudadanos, sino el espacio simbólico, por lo tanto institucional. Evocaré rápidamente dos aspectos para concluir.

El primero consiste en aquello que, como lo han observado sociólogos y antropólogos –por ejemplo en el caso de las relaciones entre el África del Norte y Francia, o más generalmente Europa–, la instalación prolongada de inmigrantes, la división de las familias entre muchos territorios nacionales, la emergencia en las “segundas generaciones” de *new ethnicities* (según la expresión propuesta en Gran Bretaña por Stuart Hall, 1989), desemboca en una verdadera “interrupción genealógica” (Abdewahab Meddeb, 1995; cf. Balibar, 1997): los lazos de descendencia son, por decir así, interrumpidos o bien deben perpetuarse “a caballo de la frontera”, con dificultades crecientes. No hay nada llamativo en el hecho de que tales situaciones (a las que ciertas comunidades de inmigrantes, pero muy minoritarias, resisten por una vigilancia comunitaria reforzada de los procesos de educación, frecuentación, casamientos, etcétera)¹⁴ tiendan a cristalizar la violencia interna y externa: no olvidemos sin embargo que son también un núcleo de intensa creatividad cultural y artística. Estas situaciones son sobre todo significativas si las ponemos en relación con el reparto de edades entre las poblaciones del “Norte” y del “Sur”, en las que los economistas parecen interesarse cada vez más. No



se trata sólo del hecho de que los distintos regímenes de crecimiento de la población coincidan con las condiciones de clase, la desigualdad de salarios, las calificaciones, las tasas de explotación, etcétera, sino de la aparición de un conflicto de intereses de poblaciones *de mayor edad*, que se benefician de las garantías del salario, de seguridad social, de protección médica, y las poblaciones *más jóvenes*, que concentran tasas elevadas de desocupación y soportan la competencia más salvaje en el mercado de trabajo.¹⁵

Tales observaciones sugieren que las líneas fronterizas interfieren, de aquí en adelante, en la separación de las esferas “pública” y “privada”, para reforzarla o para esfumarla. Por otra parte, esta separación era constitutiva de lo político. Al menos lo era en el marco del Estado-nación tradicional, aunque no tuviéramos siempre conciencia de ello (a no ser que prestemos atención a la intensidad de los discursos ideológicos sobre la protección de los “valores familiares” y la “política de la familia” que acompaña toda su historia). No hay duda de que el Estado-nación fue un modo de institución de genealogías y de regulación de conflictos latentes entre generaciones, al mismo título que otras estructuras sociales estudiadas por la antropología, como los linajes o los lazos feudales. Esta característica es particularmente reafirmada cuando se ha vuelto un

¹⁴ Véase a propósito de los turcos en Francia, la encuesta reciente de R. Establet, *Comment peut-on être Français? 90 ouvriers turcs racontent* (1997).

¹⁵ Hureauux (1997) y Thurow (1997). En el coloquio de Hamburgo, Michel Aglietta expuso una idea semejante.

“Estado de protección social” o “Estado benefactor”, en otros términos un *Estado nacional (y) social*. Esto es lo que me conduce a sugerir aquí que, cuando el emplazamiento y la función social de las fronteras se desplazan hacia el centro de la comunidad política, las contradicciones, las tensiones que afectan su ejercicio plantean cada vez más claramente el problema de una nueva civilidad, es decir, de nuevas relaciones entre las *pertenencias*: desde la pertenencia a la familia, a la genealogía, a las comunidades “primarias” más o menos hereditarias de un lado, hasta las comunidades “secundarias” (aquellas que demandan un aprendizaje, una adaptación al medio ambiente social y al “sentido” de la historia, susceptible de ser vivido como una elección y una liberación) y la comunidad política del otro.

Todos estos problemas de pertenencia están sin embargo sobredeterminados por otro fenómeno: la disyunción progresiva de la manera en la que el Estado controla diferentes “flujos”, materiales e inmateriales, mientras que tradicionalmente todo estaba concentrado sobre las mismas líneas de frontera, y provenía de la misma administración. Además, vemos que la cuestión del control de los movimientos de mercancías, de fondos y de informaciones, por una parte, y aquellas del control de los flujos migratorios o de los desplazamientos de personas humanas por la otra, han estado prácticamente separadas (cf. Thrift, 1996). Nada más inexacto, lo vemos ahora, que la idea según la cual, la mundialización se acompañaría de un crecimiento paralelo de los flujos de circulación materiales, inmateriales y humanos. Mientras que la información se ha vuelto prácticamente “ubicua”, mientras que la circulación de las mercancías y la conversión de las monedas han estado prácticamente liberadas, el desplazamiento de hombres es objeto de limitaciones cada vez más pesadas. Esta diferencia de estatus aparece esencial a la defensa de la soberanía de los Estados en el campo político y diplomático internacional; ésta va a la par de una intensificación de la *función de discriminación social* de las fronteras (que en otro tiempo hemos llamado su “función de clase”). Un mundo que, desde el punto de vista de los intercambios económicos y de la comunicación, se encuentra de ahora en más muy unificado, tiene más que nunca necesidad de fronteras para repartir, al menos tendencialmente, la riqueza y la pobreza en zonas territoriales distintas (y hasta cierto punto también la salud y la enfermedad, que va a la par, pero que plantea problemas técnicamente más difíciles). Al menos hace falta que a la entrada

de los territorios más ricos, los pobres sean sistemáticamente escogidos y regulados. Asimismo las fronteras se han vuelto instituciones esenciales en la constitución de condiciones sociales a escala mundial, utilizando sistemáticamente para ese efecto el criterio del pasaporte o de la carta de identidad.¹⁶ Me ha parecido poder hablar, por esta razón, del establecimiento de un *apartheid mundial*, consecutivo a la desaparición de los antiguos *apartheids* coloniales y poscoloniales (Balibar, 1995). Hay sin embargo una contradicción flagrante entre el *apartheid* y las formas del Estado nacional moderno, “democrático” y “social”: por lo que una situación tal, nos lleva a una alternativa ineluctable. O bien habría que desmantelar completamente el Estado social y la ciudadanía social, o bien separar progresivamente la ciudadanía de su definición puramente nacional, y garantizar los derechos sociales que tengan un carácter transnacional...

Es por esto que una tarea de democratización de las fronteras, que implica que su representación sea desacralizada, que la manera en que el Estado y la administración las usan sobre los individuos, sea objeto de un control multilateral, que los ritos y formalidades de su pasaje se tornen más respetuosos de los derechos fundamentales, está en el corazón de las dificultades —puede ser de las aporías actuales— de una reinención de la política en el contexto de la “mundialización”. Es una tarea que no puede ser afrontada sino simultáneamente “desde arriba” y “desde abajo”, en función de principios de derecho y en función de los intereses populares. Es un problema “global-local”. Éste puede ser también uno de los lugares privilegiados donde la mundialización se hará subjetivación, donde podría construirse la individualidad universal.

Bibliografía

- ANDERSON, P.
1992 “The ends of history”, en *A Zone of Engagement*, Verso, Londres.
- BALIBAR, É.
1992 “Exclusión o lucha de clases?”, en *Las fronteras de la democracia*, Ediciones La Découverte, París.
1995 “Une citoyenneté européenne est-elle possible?”, en B. Théret (coord.), *L'État: le souverain, la finance et le social. Souveraineté nationale et construction européenne*, La Découverte, París (reed. en *Droit de Cité*, PUF, París, 1998).
1997a “Qu'est-ce qu'une frontière?”, en *La crainte des mases*, Galilée, París.

¹⁶ No olvidemos que, el uno y el otro, fueron primeramente inventados como modos de política interior en el marco de la regulación de “las clases peligrosas” de los pobres y trabajadores (cf. Noiriel, 1991).

- 1997b "Les frontières de l'Europe", en *La crainte des mases*, Galilée, París.
- 1997c "Algérie, France: une ou deux nations?", en *Lignes*, núm. 30, febrero (reed. en *Droit de Cité*, PUF, París, 1998).
- BOYER, R.
1996 "La Globalisation: mythes et réalité", en *Actes du GERPISA Réseau International*, núm. 18, "Mondialisation o régionalisation?", noviembre, Universidad d'Evry-Val d'Essonnes.
- DELEUZE, G.
1990 *Pourparlers*, Minuit, París.
- DERRIDA, J.
1993 *Spectres de Marx*, Galilée, París.
- ESTABLET, R.
1997 *Comment peut-on être Français? 90 ouvriers turcs racontent*, Fayard, París.
- FEVRE, LUCIEN
1982 "Frontière: le mot et la notion", en *Pour une histoire à part entière*, Ed. de l'EHESS, París, pp. 11-24 [1928].
1997 *Le Rhin, Histoire, mythes et réalités*, Perrin.
- FORO MUNDIAL DE ALTERNATIVAS
1997 *Manifeste. Il est temps de renverser le cours de l'histoire*, París/Dakar.
- FRONTIÈRES DU DROIT...
1993 *Frontières du droit, frontières des droits. L'introuvable statut de la "zone internationale"*, L'Harmattan/ANAFE, París.
- GIRAUD, P. N.
1996 *L'Inégalité du monde. Economie du monde contemporain*, Gallimard, París.
2001 *Le commerce des promesses. Petit traité sur la finance moderne*, Le seuil, París.
- HALL, S.
1989 "New ethnicities", en Mercer Kobena (ed.), *ICA Documents 7: Black Film, British Cinema* [reeditado en S. Hall, *Critical Dialogues in Cultural Studies*, D. Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.), Routledge, Londres, 1996].
- HOBSBAWM, E.
1996 *The age of extremes. A history of the world. 1914-1991*, Vintage Books.
- HUNTINGTON, S. P.
1996 *The clash of civilization and the remaking of world order*, Simon & Schuster, Nueva York.
- HUREAUX, R.
1997 "Les trois fractures sociales", en *Libération*, núm. 7, agosto.
- MEDDEB, A.
1995 "L'interruption généalogique", en *Esprit*, enero, pp. 74-81.
- MİYOSHI, M.
1997 "¿Un mundo sin fronteras? Del colonialismo al trasnacionalismo y al ocaso del Estado nación", en *Politics-Poetics, das Buch zur Documenta X*, editado por Cantz Verlag para la exposición de Kassel [publicado en *Critical Inquiry*, 1993].
- NOIRIEL, G.
1991 *La Tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe 1973-1993*, Calmann-Lévy, París.
- THRIFT, N.
1996 "A Phantom State? International money, electronic networks and global cities", en *Spatial Formations*, Sage Publications, pp. 213-255.
- THUROW, L.
1997 *Les fractures du capitalisme*, Village Mondial.
- VOBRUBA, G.
1994 "The limits of borders", en Abram De Swaan (ed.), *Social policy beyond borders. The social question in transnational perspective*, Amsterdam University Press, Amsterdam.
- WALLERSTEIN, I.
1995 "L'invention des réalités Temps-Espaces: pour une compréhension de nos systèmes historiques", en *Impenser la science-sociale*, PUF, París, pp. 157-171.
1998 *Utopistics, or historical choices of twenty-first century*, The New Press, Nueva York.
- WALLERSTEIN, I., G. ARRIGHI Y T. K. HOPKINS
1989 *Antisystemic Movements*, Verso, Londres.